

## **DOMINGO XXVIII DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Isaías 25, 6-10a): *Un festín de manjares suculentos.*

**Salmo** (22, 1-3a.3b-4.5.6): *«Habitaré en la casa del Señor, por años sin término»*

**2ª lectura** (Filipenses 4, 12-14.19-20): *Proveerá a todas nuestras necesidades.*

**Evangelio** (Mateo 22 1-14): *¿Cómo no entrar con vestido de fiesta?*

*La fe ni se compra ni se vende. La fe se acoge cuando otro la propone. La fe entra por el oído, porque otro la proclama. La fe es personal, porque se escucha. Nadie ha llegado a la fe por sí mismo, recorriendo sin ayuda, sin diálogo, sin consejo el camino que conduce a Dios.*

*Podemos comparar la fe con un edificio. La fe tiene una estructura en sí misma abierta y firme a la vez. Abierta, porque se escucha lo que se anuncia y se comparte lo que se cree. Firme, porque una fe sin “fundamentos” o con “cimientos móviles” se derrumba. ¿Os imagináis una fe enraizada en “arenas movedizas”, o una fe que un día sí y otro también cambiara sus principios, sus certezas, sus esperanzas?*

*La fe necesita “pilares” donde sostenerse, que le den firmeza, constancia, seguridad, apoyo. Los pilares no son sinónimo de “inmovilismo”, sino garantía de “firmeza”. Los pilares tampoco son sinónimo de “rigidez”, sino constancia de que el edificio se asienta sobre una base sólida. Los pilares se asientan en los cimientos y aseguran el futuro.*

*Podemos comparar la fe igualmente con una planta. Si una planta está fresca, bien regada, en buena tierra, con aire y sol está viva y hermosa. Si una planta se seca por falta de agua o de tierra, por falta de aire o de luz, se marchita y muere. Una planta viva no es rígida, sino flexible. Ahora bien, no por ser flexible es frágil, está mal asentada, o desarraigada, tiene movimiento porque tiene vida.*

*Estas dos comparaciones nos abren la puerta a dos caminos de la fe. El primero, el de la firmeza y estabilidad, imprescindibles en la construcción de un proyecto de forma duradera y segura. El segundo, el de la vida y la frescura, a la vez que al movimiento y la versatilidad. Podemos añadir, además, la belleza. La fe es firme, es viva y es bella.*

*María, nos lleva visual y emotivamente a los pilares en los que descansa nuestra fe. La imagen de María nos conduce a la vida que rejuvenece año tras año, día tras día, con vitalidad y flexibilidad. Podemos poner nombre a los “pilares” de nuestra fe, que, por María, nos lleva a Jesús y nos cimentan en Él: el “pilar de la estabilidad”, necesario en la vida de todo creyente. El “pilar de la vitalidad”, irremediable para tener futuro. El “pilar de la belleza”, imprescindible para hacer atrayente y creíble la fe. Dicho lo mismo al revés: la fealdad produce rechazo; lo mortecino nos asusta; la inestabilidad hace que huyamos. La belleza forma parte de la fe de hombres que celebran una gran fiesta.*

La fe no es evidente; para algunos es un problema; otros la viven sin tensión; otros, por fin, con la alegría de quien ha encontrado un tesoro. La tradición profética recuerda que **«Dios preparará en un futuro un gran banquete»**. Los dirigentes religiosos del judaísmo que no viven con alegría su fe en Dios, impiden que otros descubran al Dios de la vida. Jesús les dice que **«ese banquete ya ha llegado, disfrutarlo»**.

Sin embargo, unos no entienden nada (leen la vida con claves de interés, de beneficio, de resentimiento); otros están bloqueados por los miedos (falsos y esclavizadores escrúpulos). No se puede vivir la fe como una tragedia que aplasta o ensombrece la vida o como una invitación que se sobrelleva como se puede. Si la fe no es fiesta, no es alegría profunda, no es una suerte el creer.

Es sorprendente el final del evangelio: **«¡Hay que llevar vestido de boda!»**. A primera vista, parece una tropelía del que invita. Mateo escribe para una comunidad de judíos que se convierten al cristianismo; ellos interpretan la Ley como un conjunto de normas mínimas que hay que cumplir.

Jesús da un giro: lo importante no es cumplir “*listas interminables*” de normas, sino amar a Dios sobre todas las cosas (como dice la Ley) y amar al prójimo. No son dos cosas distintas, sino una sola: la “*invitación de la fe*” pide vestido de fiesta, “*vestido de amor*”. **¿Cómo “vestimos” la fe que profesamos?, ¿cómo preparamos nuestras manos y pies para manifestar y hacer veraz la fe que profesamos con labios y con corazón?**

Pablo nos habla del consuelo que proporciona la fe. La fe es sólida, es firme, mira al futuro, adelanta la esperanza; pero todo ello sin rigidez, sin inmovilidad, sin bloqueos. La fe se hace creíble y verdadera en su frescura, su vitalidad y su flexibilidad. Los “*pilares*” de la fe van en consonancia con los pilares de la caridad y de la esperanza. Los tres sostienen la vida del creyente.